



DISCURSOS DEL SR. MINISTRO
SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO
DON JOSE JOAQUIN BRUNNER RIED

COMUNICACION Y DEMOCRACIA

3



CHILE
SECRETARIA DE
COMUNICACION
Y CULTURA
S E C C
MINISTERIO SECRETARIA
GENERAL DE GOBIERNO

SANTIAGO, DICIEMBRE DE 1994

NUEVOS UMBRALES DE LA COMUNICACION

Intervención en la presentación del libro
"Comunicaciones: Nuevos Umbrales"

SANTIAGO, 15 DE DICIEMBRE DE 1994



I

El libro que esta mañana presenta el Ministerio Secretaría General de Gobierno –Comunicaciones: Nuevos Umbrales– es, en verdad, un *libro pionero*. Me atrevo a decirlo sin necesidad de excusarme, por cuanto no he tenido participación directa ni en su diseño intelectual ni en su posterior elaboración. En cambio, el mérito corresponde, íntegramente, a los autores invitados y a los editores, Pablo Halpern y Sergio España, Director de la Secretaría de Comunicación y Cultura y del Departamento de Estudios de esa Secretaría, respectivamente.

Es éste un libro de frontera, a mi juicio, por ser uno de los primeros que en Chile y en la región latinoamericana asume en plenitud la *nueva agenda* de preocupaciones en torno a la comunicación masiva. Una rápida revisión de sus materiales así lo confirma.

Incluido está aquí, de manera sobresaliente, el análisis de los procesos de globalización e internacionalización de las industrias de mensajes, que están cambiando rápidamente nuestra imagen del mundo y nuestra comprensión de los medios y su economía política.

Presente está, asimismo, el surgimiento de los *multimedia* que están desarrollándose aceleradamente por la convergencia del computador, la televisión y el teléfono y que,



a comienzos del próximo siglo, se estima darán lugar, junto con la producción de programas de entretenimiento, a la más poderosa industria de la nueva era tecnológico-industrial.

El consumo de bienes simbólicos aparece tratado en varios artículos, abarcando aspectos tales como la segmentación de las audiencias de televisión, los estilos de consumo de los diferentes estratos socio-económicos y los dilemas morales que plantean las nuevas tecnologías de transmisión.

También se aborda el estudio de las dimensiones comunicativas en el diseño, gestión y evaluación de las políticas públicas, asunto que debiera estar en el corazón de nuestros actuales debates sobre la modernización del Estado.

Finalmente, se exploran en este libro diversos tópicos relacionados con la coordinación de los medios de comunicación a través del mercado y de los comandos administrativos a disposición del Estado, tema que en días pasados dio lugar a una intensa discusión en nuestros medios políticos, académicos y de comunicación.

Resulta claro, por lo tanto, que estamos aquí frente a un conjunto de ensayos que se sitúan en la frontera del debate contemporáneo sobre la emergente sociedad de la información.

II

Chile —con todo lo heterogéneo que es su desarrollo en el campo de la industria y los servicios que funcionan en tor-

no a la producción y transmisión de mensajes— está en acelerado proceso de acercarse a ese umbral de las comunicaciones, traspasado el cual el mundo ingresará en una nueva era y se redefinirán los parámetros esenciales de la modernidad.

Prácticamente todos los hogares chilenos poseen un receptor de televisión y están en condiciones de seleccionar entre las cerca de 40 mil horas anuales de programación que ofrecen los canales abiertos, de los cuales cinco se hallan constituidos como cadenas nacionales; cuatro de cada cinco hogares posee un radioreceptor o radiocasette, los que se hallan conectados a una red nacional conformada por alrededor de 670 estaciones de emisión, de las cuales más del 90 por ciento se ubica fuera de la Región Metropolitana; en las áreas urbanas, pronto un tercio de los hogares dispondrá de un teléfono, en tanto que un quinto posee aparatos video o pasapelículas. Además, se registran en el país 80 diarios, de los cuales 70 son regionales; 290 revistas, y un número aproximado de 200 mil hogares que reciben televisión por cable, la cual transmite más de 40 señales a lo largo del territorio nacional con un total superior a 200 mil horas anuales de programación.

La sola inversión publicitaria para mantener en operaciones a este vasto conglomerado de medios alcanzó a 400 millones de dólares el año pasado. Por su lado, el sector completo de telecomunicaciones representa hoy más del 2 por ciento del producto nacional, habiéndose duplicado entre los años 1989 y 1994.

La industria de la información y el conocimiento se extiende, sin embargo, más allá de los media, abarcando un universo de más de 250 establecimientos de educación superior, varias decenas de centros de investigación universitarios



e independientes, un conjunto de prestigiosos institutos político-académicos, de agencias públicas y privadas de desarrollo tecnológico y de publicaciones académicas especializadas. Este segundo segmento de la industria de los conocimientos moviliza una suma equivalente a por lo menos dos puntos adicionales del producto.

Particularmente en algunos sectores de punta de la industria, como la televisión por cable, los servicios telefónicos de larga distancia y la telefonía celular, en que Chile ingresará el año 1995 a una nueva generación digitalizada, el país ha progresado rápidamente durante los últimos años, incorporando recursos profesionales especializados, tecnologías y capitales así como significativos procesos de internacionalización. Esto es especialmente importante, pues representa un avance hacia el nuevo tipo de infraestructura comunicacional que se requerirá para participar en la sociedad de la información.

No necesito decir aquí que estos positivos procesos de modernización en los sectores de las telecomunicaciones y de los conocimientos se hallan contrarrestados por grandes desigualdades en ese avance y por el inevitable sesgo que producen, en todas las esferas de la actividad nacional, la inequitativa distribución de los ingresos, los desequilibrios entre el sector urbano y rural y entre las distintas regiones del país.

Así, por ejemplo, según muestra un reciente estudio de nuestro Ministerio, la relación de acceso a la telefonía es de 15 a 1 en el caso de hogares urbanos y rurales, y de 3 a 1 en cuanto a la posesión de televisores a color. Dentro de las propias áreas urbanas, existen asimismo marcadas diferencias en cuanto al equipamiento comunicacional entre las familias que habitan en viviendas permanentes y aquéllas que aún habitan

en viviendas precarias. En cuanto a las regiones, existen diferencias de 3 a 1 entre las mejor provistas y aquéllas con menor equipamiento, con excepción del rubro de radioreceptores y de televisores en blanco y negro.

Algo parecido ocurre en el sector educacional y de ciencia y tecnología, donde las diferencias no son sólo de localización geográfica, con una alta concentración en el centro del país, sino también en cuanto a la calidad de los servicios ofrecidos y de acceso a los recursos públicos.

Todo lo anterior lleva a que Chile tenga un desempeño mezclado en las distintas dimensiones educacionales, científicas y de telecomunicaciones que inciden directamente en la competitividad del país. Así, comparado con los 40 países de economías más dinámicas en el mundo, Chile muestra *fortalezas* en los indicadores de inversión pública en telecomunicaciones, de desarrollo de sus ciencias de la ingeniería y en sus estrategias tecnológicas. Sin embargo registra *debilidades comparativas* en cuanto a la difusión social de la telefonía, al gasto total y privado en ciencia y tecnología, a la calidad de sus servicios educacionales, a los recursos públicos invertidos en educación y en cuanto al número de descubrimientos tecnológicos patentados anualmente.

III

El libro que ahora entregamos al público se hace cargo de varios de los problemas enunciados para el caso del sector de las comunicaciones y la información. En eso consiste justamente su importancia y actualidad, pero sus méritos, me parece, son por añadidura varios más.



En primer lugar, el hecho de abordar los fenómenos comunicacionales como *fenómenos transversales*; esto es, presentes en todos los sectores de actividad, abarcando la economía, la política, la cultura y la gestión de las instituciones del Estado y de la sociedad. Hasta hace algún tiempo, en cambio, el análisis de las comunicaciones se restringía solamente a los mensajes y sus productores, dejando de lado los aspectos propios de la recepción y el consumo, o sea de los públicos, y excluyendo una visión integradora de los procesos socio-económicos y culturales involucrados en la comunicación masiva.

Hoy día, por el contrario, sería casi imposible entender la estructura o el funcionamiento de las sociedades si no se parte del hecho de que se hallan constituidas como redes de intercambio de productos, servicios, ideas, símbolos e imágenes. Más aún, las tendencias más recientes del análisis social —tal como se hacen presentes en este volumen— tienden a concebir las organizaciones y los procesos como regidos por una intrincada malla de conversaciones e interpretaciones, donde los flujos de información y las interacciones comunicativas forman, por decir así, la base del orden social.

En segundo lugar, es un mérito adicional del libro que comentamos el hecho de reconocer la *complejidad y el dinamismo* de las sociedades crecientemente basadas en la información y el conocimiento, donde las posiciones fijas tienden a desaparecer, las jerarquías se diluyen, las ocupaciones se especializan y donde, en general, aumentan la diferenciación, la movilidad y la incertidumbre. Mientras en el pasado los análisis podían concentrarse en las estructuras, las jerarquías y los grandes conglomerados humanos, hoy día, en cambio, deben preocuparse también, y cada vez más, de los procesos,

los intercambios y los micromundos a partir de los cuales el individuo construye su identidad personal, sus relaciones con los otros y los sentidos que lo hacen participar de la cultura de su tiempo.

En tercer lugar, los estudios reunidos en este libro se caracterizan todos por usar *enfoques más próximos a la realidad* que tratan de describir y explicar, que a ciertas ideologías generales que, hasta hace unos pocos años atrás, impedían hacerse cargo de la novedad y complejidad de los nuevos fenómenos de la comunicación. Estamos así transitando desde una actitud que prefería refugiarse en las abstracciones conceptuales y amoldar a ellas la realidad, hacia una actitud que sale a buscar la realidad y se propone construir a partir de ella los conceptos e ideas generales que permitan explicar sus dinámicas de transformación.

En cuarto lugar, llama también la atención, positivamente, el hecho de que todos estos ensayos se ubiquen de lleno en un *campo internacional de debates*, dejando así atrás el parroquialismo y el localismo con que antes solían abordarse estos temas. En verdad, no podría analizarse el mundo emergente de las comunicaciones si acaso no se considera, como un movimiento esencial del mismo, su creciente globalización e internacionalización. Puede ser que no vivamos aún, ni lleguemos a vivir nunca, en la “*aldea global*” profetizada por Mac Luhan en la década de los años sesenta; pero no cabe duda de que una de las industrias más internacionalizadas y, sobre todo, uno de los mercados más globales a escala mundial son, en este momento, la industria de mensajes y el mercado de bienes simbólicos.



Estos son méritos suficientes, creo yo, para destacar esta obra como un libro de frontera que está a la altura de los “*nuevos umbrales*” de la comunicación.

IV

Permítanme concluir con una reflexión de orden más general, referida al telón de fondo contra el cual se recortan los artículos contenidos en este volumen.

Todos ellos hablan, aunque lo hagan de distintas maneras y con perspectivas entrecruzadas, de la modernidad que emerge a nuestro alrededor. Necesitamos por lo mismo preguntarnos: ¿qué representa la modernidad, a la luz de estos artículos?

Antes que todo, la *experiencia del cambio* como un rasgo permanente de nuestras sociedades. Creo que ahí reside, por lo demás, la profunda inquietud, incluso el malestar, que genera entre algunos la modernidad. En efecto, su poder creativo, de innovación y de transformación de la realidad es sólo equiparable a su capacidad de suprimir el pasado, liquidar tradiciones y amenazar todo lo que hasta ahora nos parecía estable, parte casi de la naturaleza humana. Probablemente nunca antes haya existido una época potencialmente más revolucionaria que ésta, a pesar de que la palabra revolución ya no se usa, por miedo a nombrar ciertos fantasmas y despertar sus fuerzas destructivas. La diferencia estriba en que “*lo revolucionario*” es hoy un proceso, no un acto; y que resulta no en una concentración del poder sino en su descentralización y, por ende, en mayores posibilidades de autorregulación de los sistemas.

La modernidad ha llegado a ese nivel de potencia precisamente porque ha puesto al centro de la sociedad, de la economía y de la política aquello que es más propiamente evolucionado de la experiencia humana: la palabra, la capacidad de crear variados lenguajes, extender infinitamente la comunicación y aplicar la inteligencia a la generación de nuevas realidades, la mayoría de las cuales son artificios de la cultura.

De forma tal que analizar las comunicaciones y sus desarrollos es ponerse, necesariamente, en contacto con el futuro y sus posibilidades.

En esa tendencia futurística y activa de la modernidad—su incansable espíritu faustiano— reside también uno de sus mayores riesgos. Pues es fácil, a partir de ahí, deslizarse hacia utopías tecnológicas o creer que basta con el despliegue de las dinámicas de cambio contenidas en los mercados, para arribar a una sociedad más acogedora, segura, justa y dispuesta a aprovechar las capacidades de todos y a proporcionar a todos iguales oportunidades de crecimiento y felicidad.

En particular el despliegue contemporáneo de las comunicaciones se presta para esa suerte de utopías: una sociedad informatizada y regulada cibernéticamente, con votaciones al minuto, con comunidades cuyos miembros se volverían transparentes el uno para el otro, sin fronteras ni intermediación política; un mundo, en fin, donde la economía se desmaterializa y las relaciones sociales pasan a ser regidas por el conocimiento, la velocidad y el inagotable intercambio de bienes materiales y simbólicos.



Nada en la teoría o en la experiencia de la gente, sin embargo, avala ese optimismo. El avance de las sociedades, cuando se produce, es siempre más opaco, ambiguo, y su balance final favorece a unos y perjudica o excluye a otros. El conocimiento es un instrumento limitado y su distribución es asimétrica. La transparencia total pretendida puede ser un infierno o la antesala de un mundo orwelliano. Los intercambios son desiguales. Un universo sin fronteras puede fácilmente llevar a una cultura imperial, desprovista de tradiciones, de lazos afectivos y de vínculos locales. Incluso la proliferación de las palabras y las comunicaciones, como nos recordaba el poeta Zurita hace unos días, puede llevar a una desvalorización de los sentidos transmitidos y a unas relaciones todavía más fugaces y livianas, tornando insustanciales nuestras existencias.

La modernidad, en suma, tal como aparece del trasfondo de este libro, es más un difícil desafío que se nos impone con la historia que una promesa de emancipación que estaría al alcance de la mano. Es un horizonte de contradicciones y posibilidades, más que un camino sin retorno hacia el bienestar colectivo. La conciencia de este hecho marca la distinción entre la ingenuidad y la lucidez; entre el fatalismo conservador o progresista y la acción política orientada a resolver los problemas de un modo equitativo y estable.

El Ministerio Secretaría General de Gobierno, que por mandato de su misión está en contacto diario con el mundo de las comunicaciones y de los comunicadores, busca animar el debate sobre esas oportunidades y los riesgos que conllevan. Para ese efecto trabaja con diversas instituciones académicas y mantiene una línea continua de análisis y publicaciones que acompañan su acción.

Concebimos nuestro papel no como un instrumento de propaganda del gobierno sino como uno de sus canales preferentes de comunicación con la sociedad. De allí que nuestra política sea favorecer el libre desarrollo de las comunicaciones, fortalecer su carácter democrático y estar presentes en todos los debates y actuaciones que impulsan la inserción del país en los procesos más dinámicos de construcción de la modernidad.

En el caso de este libro, nuestra contribución ha sido posible en virtud del aporte de un grupo de destacados investigadores a quienes, al finalizar estas palabras, reitero el reconocimiento de todos nosotros.

Muchas gracias.